

El enigma Turing

David Lagercrantz



El enigma Turing

David
Lagercrantz

Traducción
de Martin Lexell y Mónica Corral Frías

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1373

Título original: *Syndafall i Wilmslow*

© David Lagercrantz, 2009

Publicado de acuerdo con Hedlund Agency

© por la traducción, Martin Lexell y Mónica Corral, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5136-7

Depósito legal: B. 13.567-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

¿Cuándo tomó la decisión?

Ni él mismo lo sabía. Pero, una vez que las dudas se disiparon para sólo percibirse como lejanas voces, el peso sordo que abrumaba su cuerpo se convirtió en una palpitante ansiedad, a la que, ahora se daba cuenta, había echado de menos. La vida cobró una mayor intensidad. Incluso veía que los cubos azules del cuarto donde había instalado su pequeño laboratorio tenían un lustre nuevo y más vívido, y en cada observación cabía un mundo entero, toda una cadena de pensamientos y sucesos. La mera idea de intentar resumirlos sería absurda, o incluso deshonesta.

Un sinfín de imágenes interiores y exteriores desfiló ante sus ojos, y, aunque la respiración se le había acelerado hasta resultar dolorosa, en su cuerpo vibraba una presencia intensa que rayaba en lo placentero, como si la decisión de morir le hubiese devuelto la vida. Encima de una mesa gris, que tenía delante, salpicada de manchas y de pequeños agujeros que en parte eran quemaduras, pero también otra cosa, algo pringoso, había un hornillo, un par de botellas de un líquido negro y una cucharilla de té dorada que iba a desempeñar cierto papel en la historia. Fuera se oía la lluvia. Caía sin cesar. Nunca antes se había abierto el cielo de esa manera en Inglaterra durante las fiestas de Pentecostés, y quizá eso también afectara a su decisión.

Probablemente le influyesen detalles más bien insignificantes, como su alergia al polen y que sus vecinos, los señores Webb, acababan de mudarse a Styal. Tuvo la sensación de que la vida se alejaba o, incluso, que se desarrollaba en algún otro lugar al que no había sido invitado. No era muy propio de él permitir que algo así le alterara tanto; aunque, pensándolo bien, quizá tampoco fuese tan raro. Es verdad que lo cotidiano no le afectaba como podía afectarnos a los demás —poseía una gran capacidad para hacer caso omiso del chismorreos que lo rodeaba—, pero también es cierto que algunos sentimientos tenebrosos lo invadían sin motivo aparente. Pequeñas cosas podían provocar un gran efecto en él. Sucesos aparentemente insignificantes podían hacer que tomara decisiones drásticas o que se le ocurrieran ideas extrañas.

Ahora quería abandonar este mundo; inspirándose en una idea sacada de una película infantil sobre unos graciosos enanos, lo cual, naturalmente, es una ironía. Las ironías y las paradojas abundaban en su vida. Había acertado una guerra y había reflexionado, con más profundidad que la mayoría de la gente, sobre los pilares fundamentales de la inteligencia, pero acabaron por dejarlo incapaz y lo sometieron a una medicación repugnante. No hacía mucho, en Blackpool, una adivina lo había asustado de tal manera que resultó imposible comunicarse con él durante un día entero.

¿Qué estaba haciendo ahora?

Tras conectar dos cables del techo a un transformador que había sobre la mesa, colocó encima del hornillo eléctrico un caldero con un mejunje negro. Luego se puso un pijama azul grisáceo y, de un frutero azul que estaba junto a la librería, cogió una manzana roja. A menudo terminaba el día con una manzana. Era su fruta favorita, y no sólo por el sabor, la manzana también era..., bueno, eso ahora daba igual. La partió por la mitad y acto seguido volvió al taller. Entonces se dio cuen-

ta. Todo su sistema lo comprendió. Con ojos que no veían nada dirigió la mirada hacia el jardín. Qué raro, pensó, sin realmente saber qué quería decir. Después se acordó de Ethel.

Ethel era su madre. Ethel, un día, escribiría un libro sobre él, aunque no entendiera nada de aquello a lo que se había dedicado su hijo, cosa que, a decir verdad, tampoco resultaba fácil de comprender. La vida de su hijo estaba llena de demasiados números y secretos. Él era diferente. Además, era joven, al menos a los ojos de su madre, y, a pesar de que nunca lo habían considerado muy guapo y de que su buena preparación física de corredor de media distancia había empeorado a raíz de una sentencia en el juzgado de Knutsford, no estaba mal. Desde que era pequeño, y no sabía diferenciar la derecha de la izquierda y pensaba que las Navidades se celebraban en cualquier momento —a veces a menudo, otras muy de vez en cuando, al igual que otros días que le parecían bonitos y divertidos—, su forma de pensar estaba total y absolutamente al margen de su tiempo. Se convirtió en un matemático que se dedicaba a algo tan prosaico como la ingeniería, un pensador poco convencional al que se le metió en la cabeza que nuestra inteligencia era mecánica o, incluso, calculable, como una larga y sinuosa serie numérica.

Pero, sobre todo, y eso es algo que a las madres les cuesta entender, aquel día de junio ya no le quedaban fuerzas para seguir viviendo, por lo que continuó con sus preparativos, que a posteriori se considerarían extrañamente enrevesados. Sin embargo, perdió la concentración. Reparó en algo, unos pasos cerca de la puerta que daba a la calle, creyó, el crujido de la gravilla, y una idea absurda cruzó su mente: alguien viene con buenas noticias, quizá desde muy lejos, de India o de otra época. Se rio o sollozó, difícil determinar cuál de las dos cosas. Después se puso en marcha y, aunque ya no se oía nada

aparte de la lluvia sobre el tejado, se quedó con esa idea: *hay alguien allí fuera, un amigo a quien merece la pena escuchar*, y al pasar por delante del escritorio pensó *quiero, no quiero*, como un niño que deshoja una flor. Apreció todos los detalles del pasillo con una exactitud tan vibrante que cualquier otro día, un día mejor, aquello le habría fascinado. Con pasos sonámbulos entró en el dormitorio. Se quedó mirando la mesilla de noche donde estaban el ejemplar del *The Observer* y el reloj con la correa de cuero negro. Dejó la media manzana justo al lado. Pensó en la luna, que brillaba detrás del edificio del colegio en Sherborne, y se tumbó bocarriba en la cama. Se le veía sereno.

Al día siguiente también llovía. Por Adlington Road iba andando el joven oficial de la Policía Criminal Leonard Corell. Cuando llegó a la altura de Brown's Lane se quitó el sombrero *trilby* porque, pese a la lluvia, tenía calor, y pensó en su cama; no en el miserable lecho de su apartamento, sino en la que le esperaba en casa de su tía en Knutsford, y al hacerlo la cabeza se le ladeó hacia el hombro, como si estuviera a punto de quedarse dormido.

No le gustaba su profesión. No le gustaban el salario, los paseos, el papeleo ni el condenado pueblo de Wilmslow, donde nunca pasaba nada. Tan mal estaba la cosa que incluso en ese momento, pese a que la asistenta había mencionado en su llamada que había una espuma blanca alrededor de la boca del muerto y un olor a veneno en la casa, algo que, en otros tiempos, sin duda habría animado un poco a Corell, lo único que logró sentir fue un gran vacío. Caminaba con desgana entre charcos y abetos de jardín. A su espalda habían quedado los campos de cultivo y el ferrocarril. Era martes, 8 de junio de 1954, e iba buscando los letreros que indicaban el nombre de las casas.

Cuando dio con la dirección, Hollymeade, torció a la izquierda y se encontró con un gran sauce que parecía una vieja escoba. Entonces, sin que le hiciera falta, se detuvo para volver a atarse los cordones de los zapatos. Un

camino de baldosas se extendía tan sólo hasta la mitad de un jardín, y pensó: «¿qué ha pasado en realidad?». Aunque naturalmente comprendía que fuera lo que fuese nada tenía que ver con el sendero de baldosas. Al fondo, junto a la puerta de la izquierda, lo esperaba una señora mayor.

—¿Es usted la asistenta? —preguntó, y la mujer asintió con la cabeza.

Se trataba de una vieja bajita y anodina, con ojos tristes, y si la hubiera conocido en una época anterior, sin duda le habría mostrado una cálida sonrisa antes de ponerle una mano en el hombro. Pero ahora se limitó a bajar la mirada, a fruncir el ceño y a acompañarla hacia el interior de la casa, al final de una escalera empinada. Era un paseo tedioso desprovisto del menor interés, emoción o curiosidad policial, que apenas provocó un ligero malestar, sólo un «¿qué sentido tiene seguir con esto?».

Ya en el distribuidor notó una presencia, una densidad en el aire, y cuando entró en la habitación cerró los ojos y, por extrañamiento que pueda parecer, algún que otro pensamiento de naturaleza sexual —en los que no corresponde entrar en detalle, sólo decir que a él también le parecían absurdos— cruzó su mente. Al abrir los ojos, esas asociaciones persistían flotando en el aire como una capa surrealista, pero se dispersaron y se transformaron en algo diferente en cuanto descubrió la cama, una estrecha cama de soltero, y encima un hombre muerto, tumbado bocarriba.

Era un hombre moreno que rondaría los treinta y algo. Una espuma blanca había salido por la comisura de los labios, había resbalado hasta la mejilla, donde se había secado y se había convertido en un polvillo blanco. Bajo una protuberante frente ligeramente arqueada, los ojos estaban medio abiertos y muy hundidos. Pese a la expresión descompuesta del rostro, se intuía cierta resignación en las facciones. Corell debería haber reaccionado con normalidad, pues estaba acostumbrado a ver ca-

dáveres, y éste tampoco era tan terrible, pero se sentía mareado y seguía sin entender que se debía al olor, ese tufo a almendra amarga que inundaba la habitación. Miró por la ventana hacia el jardín en un intento de que los pensamientos indecentes regresaran, pero no lo consiguió, y en su lugar reparó en una media manzana que había sobre la mesilla. Corell pensó, cosa que le sorprendió, que odiaba la fruta.

Nunca había tenido nada en contra de las manzanas. ¿A quién le disgustan las manzanas? Sacó su cuaderno del bolsillo del pecho. El hombre se hallaba en una postura que a Corell le parecía normal, escribió, preguntándose si lo había descrito bien, sin duda no demasiado, aunque por otra parte tampoco excesivamente mal. Si no fuera por el rostro, podría haber dado la impresión de que el hombre estaba dormido. Tras apuntar otro par de líneas —con las que tampoco quedó satisfecho— procedió a examinar el cuerpo. El muerto era delgado, bastante atlético, pero con un pecho muy suave, casi femenino. Corell no halló signo alguno de violencia —aunque su examen no fue muy concienzudo— ni arañazos ni moratones, sólo un ligero color negro en las puntas de los dedos y la espuma en la comisura de los labios. Se acercó para olerla y comprendió por qué estaba tan mareado. El hedor a almendra amarga lo aturdió. Volvió al distribuidor.

Al fondo del pasillo descubrió algo extraño. En un pequeño cuarto con un ventanuco que daba al jardín, colgaban dos cables del techo y encima de una mesa borboteaba un caldero. Se acercó despacio. ¿Sería peligroso? ¡Tonterías! La habitación era una especie de laboratorio casero donde realizar experimentos. Había un transformador, y pinzas para los cables, y botellas, y tarros de cristal y vasijas. Seguramente nada por lo que inquietarse. Pero la pestilencia se colaba hasta los huesos, y muy a regañadientes se inclinó sobre la cacerola: un mejunje asqueroso burbujecía en el fondo y, de re-

mente, como salido de la nada, se le vino a la mente un recuerdo de su infancia, de un tren nocturno avanzando a gran velocidad. Se apoyó en la mesa, jadeando con esfuerzo, salió del cuarto y se apresuró a abrir una ventana en la habitación contigua. Llovía. Y de qué manera. Pero por una vez no maldijo la lluvia, sino que se alegró de que el agua y el viento se llevaran el hedor y las oscuras reminiscencias. Una vez que recuperó cierta calma, se puso a inspeccionar la casa.

Un ambiente bohemio impregnaba el hogar. Los muebles eran elegantes, pero colocados sin la menor planificación o esmero. Resultaba obvio que allí no vivía ninguna familia, ni por supuesto niños. Cogió un cuaderno del alféizar de la ventana. Contenía unas ecuaciones matemáticas, de las que quizá habría llegado a entender algo hacía unos cuantos años. En estos momentos no se enteraba de nada, seguramente porque la letra se leía con dificultad y, además, las hojas estaban llenas de manchas de tinta. En cualquier caso, se irritó, o posiblemente sintió envidia, y malhumorado empezó a examinar una vitrina que había al lado de la ventana. Encontró copas de vino, cubiertos de plata, un pequeño pájaro de porcelana, así como un frasco con un contenido negro. Se parecía a los tarros del taller de experimentos, pero, a diferencia de aquéllos, éste llevaba una etiqueta con la inscripción CIANURO DE POTASIO.

—Tendría que haberme dado cuenta —musitó, y volvió al dormitorio para oler la manzana. Apestaba igual que el frasco y el caldero.

—Señora —llamó—. ¡Señora!

No recibió respuesta. Volvió a gritar, y entonces se oyeron pasos y enseguida un par de pantorrillas gordas entraron en el cuarto. Corell miró inquisitivo el rostro gris de labios tan finos que parecían desaparecer.

—¿Cómo me ha dicho que se llamaba el señor?

—El doctor Alan Turing.

En su cuaderno, Corell anotó que la manzana olía a almendra amarga y que el nombre del muerto le resultaba familiar, o, al menos, como tantas otras cosas en esa casa, le despertaba oscuras reminiscencias.

—¿Dejó algo escrito?

—¿Qué quiere decir?

—Una carta o algo que podría dar alguna explicación.

—¿Está usted diciendo que se ha...?

—No estoy diciendo nada. Sólo le he hecho una pregunta —replicó con demasiada severidad, y cuando la pobre mujer, asustada, negó con la cabeza, intentó suavizar el tono.

—¿Conocía bien al muerto?

—Sí, o no. Siempre fue muy amable conmigo.

—¿Había estado enfermo?

—Ahora, durante la primavera, sufría fiebre del heno.

—¿Usted sabía que experimentaba con sustancias venenosas?

—No, no, Dios me libre. Pero el señor era científico.

¿No se dedican los científicos a...?

—Eso depende —la interrumpió Corell.

—Al señor le interesaban muchas cosas.

—Alan Turing —continuó Corell como si pensara en voz alta—. ¿Se le conocía por algo en particular?

—Trabajaba en la universidad.

—¿Y qué hacía allí?

—Ha estudiado matemáticas.

—¿Qué tipo de matemáticas?

—Pues no le sabría decir...

—Ya —murmuró Corell, y salió al pasillo.

Alan Turing. Había algo en ese nombre, no sabía qué, sólo que no le sonaba nada bien, seguro que el tipo era culpable de algo. No sería del todo improbable que Corell se hubiera topado con el nombre en el trabajo.

Cada vez más nervioso, pasó de una estancia a otra, distraído y enojado a la vez, recogiendo cosas que, si bien no podían considerarse pruebas, al menos tenían cierto interés: el frasco de veneno de la vitrina, tarros de cristal del taller, un par de cuadernos con cálculos matemáticos y tres libros que llevaban escrito a mano el título «Sueños».

En la planta baja toqueteó las cuerdas de un violín sin afinar y leyó las primeras líneas de *Ana Karenina*, uno de los pocos libros de la casa que conocía, aparte de algunos de Forster, Orville, Butler y Trollope, y, como en tantas otras ocasiones, sus pensamientos volaron hacia lugares donde no deberían estar.

Llamaron a la puerta. Era Alec Block, su compañero. Para la relación profesional tan estrecha que mantenían, apenas lo conocía, y si le hubieran pedido que lo describiera, no se le habría ocurrido nada más que decir que era tímido y temeroso, y que la mayoría de los compañeros de la comisaría lo trataban mal, pero sobre todo que tenía muchas pecas y que era pelirrojo, muy pelirrojo.

—Parece que el hombre se ha preparado un veneno en esa cacerola de allí, luego ha empapado una manzana con el mejunje y le ha dado unos mordiscos —explicó Corell.

—¿Suicidio?

—Eso parece. Esta maldita peste me marea. ¿Puedes ver si encuentras alguna carta de suicidio?

Cuando Block se marchó, Corell volvió a pensar en el tren que se abría paso a través de la noche a toda velocidad, cosa que no contribuyó a subirle los ánimos. En la planta baja se cruzó con la asistenta.

—Me gustaría hablar un poco más con usted dentro de un rato. Mientras tanto, quiero que espere fuera. Vamos a acordonar la casa —dijo mientras en un ataque de amabilidad le buscaba un paraguas en el recibidor.

Ante las protestas de la mujer, que se negaba a usar

el paraguas del doctor Turing, Corell rebufó para sus adentros: menuda veneración más exagerada, sólo es un paraguas. Cuando la mujer al final lo aceptó y salió al jardín, Corell volvió a recorrer las habitaciones. En el dormitorio de arriba, donde yacía el muerto, encontró un ejemplar del *The Observer* del 7 de junio, lo que indicaba que el hombre estaba vivo el día anterior. Tomó nota de ello, junto con algún otro detalle. Mientras hojeaba otro cuaderno con cálculos matemáticos, le invadió un extraño deseo de añadir algunos números para completar o concluir las ecuaciones, y, como en tantas otras ocasiones, devino en un policía demasiado distraído. Más centrado estaba, cómo no, su compañero Block.

Éste apareció con una expresión de satisfacción, como si acabara de dar con algo de un interés extraordinario, pero no era así; al menos no se trataba de ninguna carta de suicidio. Lo que había encontrado más bien apuntaba en la dirección contraria: un par de entradas de teatro para la semana siguiente y una invitación a la reunión de la Academia de Ciencias, el 24 de junio, que el fallecido había aceptado, pero no había tenido tiempo de enviar la respuesta. Aunque Block con toda probabilidad se daba cuenta de que no eran unos hallazgos sensacionales aparentemente tenía la esperanza de haber descubierto una pista nueva, pues los casos de asesinato no abundaban en Wilmslow. Sin embargo, Corell rechazó enseguida esa idea.

—No significa nada.

—¿Por qué?

—Porque todos somos unos pobres diablos muy complejos —dijo Corell.

—¿Qué quieres decir?

—Incluso el que quiere morir puede hacer planes de futuro. Estamos todos en un constante tira y afloja entre una cosa y la otra. Además, puede que lo de quitarse la vida se le ocurriera en el último momento.

—Parece ser que era un hombre muy culto.

—Es posible.

—En mi vida he visto tantos libros.

—Yo sí. Pero hay algo más —continuó Corell.

—¿Qué?

—Todavía no lo sé, sólo estoy seguro de que hay algo que no encaja. ¿Apagaste el hornillo de arriba?

Alec Block asintió con la cabeza e intentó añadir un par de palabras, pero sin saber si iba a atreverse.

—¿No hay mucho veneno en esta casa? —preguntó al final.

—Sí —respondió Corell.

Había veneno para matar a toda una compañía de soldados, tema del que hablaron un rato, pero sin sacar ninguna conclusión.

—Es un poco como si jugara a ser alquimista, o joyero al menos —dijo Block.

—¿Por qué dices eso?

Block contó que había dado con una cucharita dorada en el taller de experimentos.

—Es un trabajo bastante preciso, pero aun así se nota que la ha hecho él mismo. Está allí arriba si quieres verla.

—¡Anda! —exclamó Corell fingiendo entusiasmo, pero apenas escuchaba ya.

De nuevo se había sumido en sus propios pensamientos.